VITAL AZA

CHIQUILLADAS

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ESCRITO SOBRE UNAS ESCENAS DE NAJAC

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1912

CHIQUILLADAS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

CHIQUILLADAS

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa

escrito sobre unas escenas de Najac

POR

VITAL AZA

Estrenado en el TEATRO LARA el 25 de Abril de 1905
en el beneficio de la Srta. Domus

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

S. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1912

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AMELIA.....	Sra. Ruiz.
FEDERICO.....	Srta. Domus.
JUAN.....	Sr. Simó-Raso

Amelia vestirá de colegiala. El color y forma del traje queda al buen gusto de la actriz.

Federico vestirá el uniforme de cadete de caballería.

ACTO UNICO

La escena representa el extremo de un parque ó jardín de un colegio de señoritas en los alrededores de Madrid. Al fondo una tapia, de unos dos metros y medio de elevación. A todo foro, telón de celajes. A la izquierda del actor, y casi en primer término, un banco de madera al que sirve de fondo un gran macizo de flores. Suelo enarenado. Es la caída de la tarde en el mes de Junio.

ESCENA PRIMERA

AMÉLIA y COLEGIALAS, dentro. Al levantarse el telón se oyen lejos, á la derecha, cánticos y voces de las Colegialas. Es la hora del recreo

VOZ (Dentro y algo lejos.) Ven, Amelia, ahora te toca á ti.

OTRA (Idem, ídem.) Anda, mujer.

AMELIA (Dentro.) No. ¡Dejadme! No puedo jugar. Tengo que despedirme del jardinero. (Sigue dentro la algazara de las Colegialas. Amelia entra en escena. Al poco rato cesan las voces y risas de las Colegialas.) Pero, ¿dónde estará ese hombre? ¡Juan!... ¡Juan!... No le veo... ¡Pobrecito! No quiero marcharme del colegio sin decirle adiós Estoy segura de que él lo sentiría mucho. ¡Qué felicidad! Hoy es el último día de prisión; porque, diga lo que quiera Madame Henriette, ¡esto es una prisión! Y me parece que cinco años de colegio

722163

son ya bastante para cualquiera señorita. Porque yo soy toda una señorita... ¡Digo! ¡Diecisiete años! La edad de las ilusiones... y de salir del colegio.. Pero ese jardinero... ¡Juan! (Se oye dentro, por la izquierda, á Juan, que se acerca canturreando las flores de Mayo.) ¡Ah! ¡Aquí viene!

ESCENA II

AMELIA y JUAN, que entra en escena pausadamente, en mangas de camisa, con la azada al hombro y un ramo de flores en la mano izquierda

JUAN (Cantando.)
Venid y vamos todos,
con flores á porfía...

AMELIA (Imitándole en el canto.)
Con flores á María.

JUAN ¿Eh? (Volviéndose.) ¿Quién? Buenas tardes, señorita. ¿Cómo por aquí tan retirá?

AMELIA ¿A que no sabe usted á lo que vengo? (1)

JUAN A ver si están ya maduros los melocotones.

AMELIA No, señor.

JUAN Sí; es verdá, que usté es muy formalita: la más formalita del colegio; pero mire usté, señorita Amelia, que aquí las hay que son el mismo demonio, ¡Dios me lo perdone! ¿Querrá usté creer que el otro día no me dejaron ni una sola ciruela claudia, y eso que estaban verdes que rabiaban? ¡Valiente disgusto me ha costao con el padre capellán que las tenía reservás para que le hiciesen una mermelá! ¡Sí! ¡sí! ¡Buena mermelá te dé Dios! Le digo á usté que aquí aseguran que les dan á ustés educación, pero no se conoce. Las hay muy mal educás, señorita. Créame usté. Y gracias á que yo estoy siempre vegilando, que si no... ¡bueno andaría esto! ¡Si hasta las hay que reciben cartitas que les echan por encima de la tapia!

---

(1) Derecha del actor: Amelia.—Juan.

AMELIA ¿Sí, eh?

JUAN Lo que usté oye. Ayer por la tarde estaba yo ahí abajo limpiando unos rododendros, cuando de pronto ¡zás! me pegaron una pedrada en la cabeza.

AMELIA ¡Qué atrocidad!

JUAN Mire usté, mire usté, toavía se me conoce...

AMELIA ¡Pobre Juan!

JUAN ¿Y creerá usté que venía aquella piedra sola?

AMELIA ¿Vino otra detrás?

JUAN No, señora. La piedra venía envuelta en un papel, en una cartita...

AMELIA ¿Qué decía, qué decía?

JUAN ¡Yo qué sé! Buena tenía yo la cabeza pa leturas, y además, que no sé leer... ¡La rompí en cincuenta peazos!

AMELIA ¡Qué lástima!

JUAN Pero, señor, es lo que yo digo. ¿Pa qué tirarán esas cartitas envolviendo piedras? ¿No sería mejor que las echaran envolviendo una cajetilla de picao?

AMELIA ¡Claro! ¡No harían tanto daño!

JUAN Y se podrían aprovechar. Vaya, hasta luego, señorita. Voy á llevar estas flores á la capilla.

AMELIA ¡Qué bonitas son!

JUAN No se las ofrezco porque son pa la Virgen. (1) (Medio mutis.)

AMELIA Pero, oiga usted, que todavía no le he dicho á qué venía.

JUAN Bueno, pues dígalo usté.

AMELIA Vengo á decirle adiós.

JUAN ¿Eh?

AMELIA Me marcho del colegio.

JUAN ¿Ha tenío usté algún disgusto?

AMELIA Al contrario, un placer muy grande. Me han escrito diciéndome que mañana vendrán á recogerme para salir de Madrid en el tren de la tarde.

JUAN ¡Vaya por Dios!

AMELIA Tome usted esto. (Dándole un duro.)

JUAN ¿Qué?

---

(1) Juan—Amelia.

AMELIA Un duro para que se lo gaste usted en lo que quiera.

JUAN (Tomándolo.) Señorita, muchísimas gracias. ¡Qué buena es usté! Ya decía yo que era usté de lo mejorcito del colegio! ¡Dios se lo pague á usté! (Se lo guarda en el bolsillo del chaleco.)

AMELIA Ya sabe Juan lo que se le quiere. (Acariciándole.)

JUAN Tome usté, tome usté estas flores.

AMELIA No, de ninguna manera.

JUAN La Virgen no se ha de enterar. Yo le pondré otras.

AMELIA Gracias, Juan; no quiero, no.

JUAN ¡Vaya, vaya! ¿Conque nos deja usté?

AMELIA Sí, señor. Mañana mismo.

JUAN ¿Se va usté con sus papás?

AMELIA ¡Ojalá! Desgraciadamente, yo no tengo padres. No los he conocido. Se murieron cuando yo era muy niña.

JUAN ¡Dios los tenga en la gloria!

AMELIA Me voy con mi tío el marqués de Pedralba.

JUAN ¡Ah, sí; es verdá! Ya le conozco. Hace cuatro meses estuvo á verla á usté.

AMELIA Eso es.

JUAN Un señor alto, muy respetuoso y muy simpático.

AMELIA Es muy bueno.

JUAN Recuerdo que me dió un puro así de largo, que no lo pude acabar. ¡Qué malo me puse! Tóo el jardín me andaba alrededor. Vaya, pues ya la veré á usté mañana, señorita, no faltaba más. Saldré á decirle á usté adiós. (Se oye dentro una campana.) Ya se acaba el recreo. ¿No va usté á las clases?

AMELIA No. Hoy ya no doy clase.

JUAN Hace usté bien. Pa lo que sirven... Hasta mañana, señorita Amelia.

AMELIA Adiós, Juan. Hasta mañana.

JUAN (Vase canturreando por la derecha.)

Venid y vamos todos
con flores á porfía, etc.

ESCENA III

AMELIA sola

¡Pobres amigas mías! ¡Las compadezco! Ahora estarán con la Historia Universal. ¡Asignatura más antipática!... ¿Qué me importará á mí que los bárbaros del Norte entraran en Roma, ni que Filipo de Macedonia fuese padre de...? Pues ya no recuerdo quién era el hijo de Filipo. Después de todo, al cabo de tantos años, bueno estará ya el pobrecito. (Se sienta en el banco.) ¡Qué gusto! Mañana saldré del colegio, y pasado mañana, tempranito, en Córdoba, y por la tarde á nuestra finca de Sierra-Blanca. Ya me lo dice mi tío. (Saca la carta y lee.) «Eres ya una mujercita y te necesito á mi lado. Tengo proyectadas muchas excursiones. Tendremos convidados.» ¡Convidados! ¿Cuál será mi novio? Porque, indudablemente, alguno de ellos me hará el amor. Y mi tío se alegrará de que me case. Cuando yo era una niña,—no tenía más que diez años,—ya me dijo un día que se alegraría de que me casara con su sobrino Federico, que pasó una temporada con nosotros. ¡Y qué guapo era mi primo! Parece que le veo con aquellos bucles que le caían sobre la espalda y con aquel flequillo que le hacía cosquillas en los ojos. Hoy será todo un hombre. Como que me lleva dos años, y hace ya siete que no nos vemos. ¡Cómo pasa el tiempo! Se hace una vieja cuando menos lo piensa. (Cae en escena, arrojada por encima de la tapia, una piedra envuelta en un papel.) ¿Eh? (Levantándose.) ¿Un papel? Alguna cartita. (La coge.) Tiene razón Juan. ¡Pero qué atrevidos son algunos! (Desenvuelve el papel.) Pues sí que es una carta... ¿Para quién será? ¿La leo ó no la leo? Pero si no la leo, ¿cómo voy á saber para quién es? Para mí no debe de ser. (Con amargura. Lee.) «Idolatrada María.» Claro que no es

para mí. «Idolatrada María.» María... María... ¿Qué María será esta? En el colegio hay lo menos catorce Marías. En fin, leamos. «No sé si habrás recibido mi carta de ayer.» Este es el que ha descalabrado al jardinero. «El amor no repara en peligros.» ¡Hola, hola! «Sé que tu padre piensa casarte con tu primo el doctor Molina.» Ya sé para quién es. «Yo no puedo tolerar que te sacrifiquen. Ten confianza en mí y decídete. Esta noche á las ocho estaré aquí junto al ciruelo que asoma por encima de la tapia. Necesito que hablemos. No faltes. Hasta luego, alma mía.» ¡Muy bien! «Postdata: Suplico á la caritativa colegiala que recoja esta carta, la entregue con gran reserva á la señorita María Velasco.» ¡Por supuesto! ¡En seguida! «Dios se lo premiará.» ¡Qué atrocidad! Como si Dios fuera á premiar estas cosas. ¡Vaya con Marujita! Pues sí que se casa con su primo. Me lo ha dicho varias veces. Lo que me choca es que nunca me haya hablado de éste, es decir, de ese, del que estará ahí detrás. Pero es natural. La pobre, desde la quiebra de su papá, está siempre tan triste y tan preocupada... Pero en medio de todo, es más feliz que yo, porque tiene dos novios: su primo y el de la cartita. ¡Y yo nada! ¡Ni siquiera mi primo! (Guarda la carta.) ¡Dios sabe lo que habrá sido de Federico! Estará en Granada con su mamá. Mi tío nunca me habla de él. Y el caso es que no lo puedo remediar, me acuerdo muchísimo de mi primo. ¡Y no debía acordarme, no señor! No debía olvidar que cuando mi tío le dijo: «Federico, tú serás el esposo de Amelia», contestó con tono despreciativo: «¡Eso nunca! ¡Mi prima tiene cara de tonta!» ¡De tonta! El sí que era tonto de remate. Es decir, tanto como tonto... Un poquito ligero y bastante voluble; pero era tan simpático y tenía un carácter tan alegre... Por supuesto, que aquello lo dijo cuando era un chiquillo... Puede que si me viera hoy no pensara lo mismo. ¡Vaya, voy á arreglar todas mis cosas. (Se dirige á la derecha.)

ESCENA IV

AMELIA y FEDERICO, asomando la cabeza por encima de la tapia y fumando un pitillo

FED ¡Pchist!
AMELIA (¿Eh?) (Mirando á su alrededor.)
FED. ¡Pchist!
AMELIA (¿Quién llama?) (Dirigiéndose á la izquierda.)
FED. ¡Señorita!
AMELIA ¡Eh! (Sorprendida al verle.) (¡Un militar!)
FED Usted perdone, señorita.
AMELIA (Debe de ser el de la carta. ¡Qué imprudencia!)
FED. Dispense usted si vengo á estorbar. ¿Espera usted á alguno?
AMELIA ¿Yo? ¡No señor! (¡Me gusta la frescura!)
FED. Entonces puedo permitirme... (Montando por encima de la tapia y disponiéndose á bajar.)
AMELIA Pero, ¿qué hace usted?
FED. ¡Pues ya lo ve usted! ¡Bajar! (Bajando á escena.)
AMELIA ¡Pero, caballero! (1)
FED (Yendo hacia ella.) Tranquilícese usted, señorita. Soy una persona decente, muy decente. ¿Le molesta á usted el humo? Usted perdone. (Tira el pitillo al pie de la tapia.)
AMELIA Pero...
FED. No tema usted nada. Yo soy incapaz de manchar mi uniforme... (Limpiándose el pantalón.) Es decir, de mancharlo con una acción denigrante. Usted dirá que soy un atrevido.
AMELIA Naturalmente.
FED Tiene usted razón, pero el amor lo justifica todo. Yo estoy loco, señorita.
AMELIA Ya lo veo.
FED Loco de amor.
AMELIA Sí que es locura. Le habrán visto á usted escalar la tapia.
FED ¡Nadie absolutamente! Esto de construir los

---

(1) Federico—Amelia.

colegios de señoritas en los alrededores de Madrid, en un despoblado, es una gran idea. Parece que se edifican con el solo propósito de favorecer á los novios de las colegialas. (Amelia se ríe.) ¿Se ríe usted? Me tranquilizo. Usted disculpa mi atrevimiento. ¿Conoce usted á María Velasco?

AMELIA ¡Ya lo creo! Es mi mejor amiga.

FED ¡Ah, señorita! Me hace usted feliz con esa declaración.

AMELIA Pero, por Dios, que pueden vernos. (1)

FED. No tema usted. No se ve á nadie por aquí.

AMELIA Es la hora de clase.

FED Mejor; así podremos hablar. ¿Sabe usted si María ha recibido mi carta?

AMELIA ¿Cuál? ¿La de ayer ó la de hoy?

FED. Cualquiera de las dos.

AMELIA Pues la de ayer la recibió en la cabeza el pobre jardinero.

FED. ¡Qué fatalidad! Crea usted que yo la arrojé sin intención. ¿Y la de hoy? ¿Se ha enterado ya de mi deseo?

AMELIA No señor, afortunadamente.

FED. ¿Cómo afortunadamente?

AMELIA Esa carta está aquí. Véala usted.

FED ¿Pero usted se la entregará?

AMELIA ¿Yo?

FED ¿No ha leído usted la postdata? Tiene una postdata, señorita.

AMELIA Ya lo sé. La he leído toda.

FED. Pues bien, señorita. Sea usted amable. Ahora, durante la clase y sin que las monjas se enteren, entregue usted esa carta á mi adorada María. No tema usted. Ella, usted y yo seremos los únicos que lo sepamos. Yo espero aquí escondido en cualquier parte, detrás de ese macizo de flores... ¡Vamos! Sea usted complaciente. Le prometo que, si tiene usted novio, yo mismo le ayudaré á escalar la tapia. No es tan fácil como parece, pero agarrándose bien... Vamos, señorita. Complazca usted á dos amantes desgraciados.

---

(1) Amelia—Federico.

AMELIA Le complaceré á usted, pero con una condición.

FED. ¿Cuál?

AMELIA Que sea usted franco conmigo y que me diga la verdadera intención de sus propósitos.

FED. No pueden ser más honrados, señorita. Pretendo casarme con María. Yo no puedo vivir sin ella.

AMELIA Bueno, ¿pero ella le ama á usted?

FED. ¿Que si me ama? ¡Con todo su corazón! Así me lo juró la única vez que nos hablamos. Fué hace seis meses, en las vacaciones de Pascua. Estaba con su papá en el baile de los señores de Rosales. Al verla sentí una impresión inexplicable. Aquellos ojos tan negros, aquella boca tan fresca, aquel talle tan esbelto.. ¡Nada! Que me enamoré como un cadete.

AMELIA Es natural.

FED. Bailamos un vals. ¡Ah, qué vals aquel! Yo bailo bastante bien. En la Academia me envidian todos los compañeros. Se abrió el *buffet*, y yo la llevé del brazo al comedor. Parece que la estoy viendo comer emparedados. ¡Eran su delicia! «Tome usted otro», le decía yo, presentándole la bandeja, y ella se los engullía riéndose, y yo me reía también. Se comió lo menos catorce. «Nada me gusta tanto como los emparedados», me decía. Y vea usted. No he olvidado su afición. Aquí le traigo media docena. (Sacando un paquetito que llevará sujeto entre los botones de la guerrera.) Pruébelos usted.

AMELIA No, muchas gracias.

FED. Son riquísimos. De Lhardy, como los de casa de Rosales.

AMELIA Siga usted.

FED. Pues, bailamos otro vals... (Guarda el paquete de emparedados.) ¡Ah, qué vals aquel!

AMELIA Como el anterior.

FED. Mejor todavía. Ya nos tuteábamos. Y nos reíamos de todo, y nos burlábamos hasta de la señora de la casa, que es una cursi... Y la volví á llevar al comedor... y se comió otra docena de emparedados.

AMELIA ¡Y no reventó!

FED. ¡Quiá! ¡Qué estómago el suyo! ¡Y qué carácter tan alegre! Así deben ser todas las mujeres. A los de Caballería no nos gustan esas niñas enclenques y románticas que nunca tienen apetito y que se pasan la vida llorando. Sin apetito no hay salud, y donde no hay salud no puede haber alegría. Yo no quiero novias que lloren, sino que se rían á carcajadas. ¡Esa es la felicidad! ¿No le parece á usted? Riamos y gocemos ahora que somos jóvenes; tiempo nos queda de sufrir y de llorar. Y, sobre todo, amemos con vehemencia, con pasión, con fuego, y sin que los obstáculos nos intimiden. Ya lo dice nuestro profesor de equitación: «El amor es un caballo de raza. Debe pisar firme y por bípedos diagonales, salvando con valor cuantos obstáculos se le presenten. El amante tímido es un caballo con *paso de andadura*. El menor tropiezo le hace perder el equilibrio y caerse.» *El paso de andadura* es una marcha imperfecta, señorita.

AMELIA Todo eso estará muy bien, pero lo que yo deseo saber es lo que va usted á decirle á María.

FED. Pues que la amo con locura, con frenesí, con...

AMELIA Bien, bien; pero ¿qué se propone usted?

FED Pues ¡llevármela!

AMELIA ¡Eh!

FED No tema usted. Todo lo tengo bien dispuesto para la fuga.

AMELIA ¡Señor mío! (Con seriedad.)

FED Soy el caballo de raza, señorita. Salto por donde haya que saltar.

AMELIA ¡Sí! ¡Ya lo veo! (Mirando á la tapia.)

FED. Anteayer, terminados mis exámenes, llegué á Madrid, y en cuanto supe que iban á sacrificar á María casándola con otro, me dije: «¡Eso no puede ser, y no será!» Ella no ha contestado á ninguna de las cartas que le escribí desde Valladolid; pero no importa. Ya sé que en este colegio intervienen la correspondencia. En cuanto ella sepa que estoy aquí me seguirá ciegamente. Ahí cerca

y apoyada en un árbol, he visto una escalera bastante alta; á doscientos pasos de aquí nos espera un coche de alquiler; á las diez de la noche sale el exprés de Francia; pasado mañana estaremos en París, y si París no le gusta iremos á Londres...

AMELIA ¡Sí! O á San Petersburgo.

FED. A donde ella quiera. Aquí llevo dinero bastante para el viaje. Quinientas pesetas no se acaban tan pronto.

AMELIA ¡Qué se han de acabar!

FED. Desde el extranjero escribiremos á su padre pidiéndole perdón, y no tendrá más remedio que acceder á nuestra boda.

AMELIA Y mandarles dinero para el viaje de vuelta.

FED. Naturalmente. ¿No está bien pensado? (Riéndose.)

AMELIA ¡Muy bien! Es usted hombre que sabe hacer las cosas en regla.

FED. ¡Ya lo creo!

AMELIA ¡Parece mentira! ¡Tan jovencito... y con tan poca vergüenza!

FED. ¡Eh!

AMELIA Sí, señor. Eso que usted proyecta es una infamia.

FED. Señorita, yo...

AMELIA Mejor dicho, es una chiquillada. ¡No! ¡No es posible! Usted sería incapaz de semejante acción. Y en prueba de ello, yo le prometo llevar esta carta á María, si después de lo que voy á decirle, insiste usted en sus propósitos. Confío en su honor y en su caballerosidad. (1) (Mirando con recelo hacia la izquierda.)

FED. Hable usted. No hay nadie por aquí.

AMELIA ¿Usted supone rico al padre de María?

FED. ¡Oh! No crea usted que el interés...

AMELIA Ya me lo figuro; pero usted le supone rico.

FED. Nunca amarga un dulce.

AMELIA Desgraciadamente aquí no hay nada dulce. Todo es muy amargo.

FED. Pues, ¿qué pasa?

AMELIA El padre de María está completamente arruinado.

FED. ¿Es posible?

---

(1) Federico—Amelia.

AMELIA Hace cuatro meses perdió toda su fortuna en la Bolsa.

FED. No sabía una palabra.

AMELIA ¿Tampoco sabrá usted que el pobre señor, abrumado por la desgracia, ha estado á las puertas de la muerte?

FED. Tampoco sabía eso.

AMELIA Pues ha estado gravísimo. Y se hubiera muerto de seguro si su sobrino, el doctor Molina, con tanta abnegación como cariño y sin separarse un momento de la cabecera del enfermo, no hubiera puesto en juego todos los recursos de su ciencia. Y no solo le debió la vida. El doctor Molina, que es un cumplido caballero, contribuyó con parte de su fortuna á salvar la comprometida situación de su pobre tío.

FED. Muy bien hecho.

AMELIA María pasó toda la enfermedad al lado de su padre. Este, al sentirse morir, pensaba solamente en el desamparo en que dejaba á su hija, pero Molina le juró solemnemente que si María aceptaba su mano él la haría su esposa.

FED. Eso ya no me parece tan bien.

AMELIA Amaba á su prima, pero nunca había tenido el valor de declarárselo.

FED. Ella le diría que no.

AMELIA Le dijo que sí. La gratitud en ocasiones es más poderosa que el amor. Esto es lo que pasa. María me lo ha referido varias veces con lágrimas en los ojos. Ya ve usted que en esta edad no todo son alegrías. También tenemos nuestras amarguras.

FED. ¿De modo que María?...

AMELIA Será la esposa del doctor Molina. (Breve pausa. Federico queda pensativo.) ¿Parece que ahora ya no se ríe usted?

FED. Como que la cosa es para reirse.

AMELIA Confieso á usted ingenuamente que María no me ha hablado nunca de usted, pero también le confieso que siempre que me hablaba de su primo creía leer en sus ojos que su pensamiento estaba fijo en otra persona. Quizás fuera en usted.

FED. Indudablemente.

AMELIA Ya está usted enterado de todo. Si yo le llevo esta carta á María pueden ocurrir dos cosas: que ella desoiga la súplica de usted ó que se deje llevar de los impulsos de su corazón. En el primer caso quizás no sea feliz, pero habrá cumplido con su deber; en el segundo será culpable y el remordimiento le amargará toda la vida.

FED. Tiene usted razón. (Con resignación.)

AMELIA Ahora, usted decidirá. Yo estoy dispuesta á obedecerle.

FED. (Duda un momento y luego dice con resolución.) ¡No! No puedo... no debo hacer eso. Deme usted esa carta. (Recoge la carta que rompe en varios pedazos arrojándolos al suelo.)

AMELIA ¡Así se hace! ¡Venga esa mano! (Dándole la mano.) Ya decía yo que era usted un caballero...

FED. Muchas gracias. (Pausa breve.) Pero entonces, ¿á qué he venido yo aquí?

AMELIA A hacer una buena acción que Dios le agradecerá desde el cielo.

FED. Pensar que ya juzgaba tan próxima mi felicicidad y tener ahora que...

AMELIA ¡Cómo! ¿Vacila usted?

FED. ¡No! ¡Estoy decidido! (Mirando hacia la derecha y con tono dramático.) ¡Adiós, María! ¡Dios te haga muy dichosa!

AMELIA ¡Adiós, caballero! Nuestra entrevista ha sido demasiado larga. (1)

FED. ¿Me despide usted?

AMELIA Su presencia aquí puede ser peligrosa. Si nos sorprenden, ¿qué pensarán de mí?

FED. Tiene usted razón. Me marcho, me marcho ahora mismo. (Empieza á subir la tapia.)

AMELIA ¡Cuidado! No sea que le vean.

FED. No tema usted. No hay nadie por estos alrededores. Adiós, señorita.

AMELIA Adiós, caballero. (¡Pobrecillo! Es un muchacho muy simpático.) (Medio mutis.)

FED. (Deteniéndose al subir.) Señorita...

AMELIA ¿Qué? (Volviéndose.)

FED. Voy á pedir á usted el último favor.

AMELIA Con mucho gusto.

---

(1) Amelia—Federico.

FED. Diga usted á María que si tiene la fortuna digo, la desgracia de enviudar, que se acuerde de su primer amor, de Federico Montero.

AMELIA (¡Eh! ¡Mi primo!) ¿Ha dicho usted Federico?

FED. Federico Montero, futuro marqués de Pedralba. (Sigue subiendo.)

AMELIA (¡Es él! ¡Qué casualidad!)

FED. ¿Me promete usted decírselo?

AMELIA Sí, sí señor... (¡Cómo había de reconocerle! (Mirándole á hurtadillas.) ¡Y está muy guapo! ¡Más guapo que antes!)

FED. Señorita, ¿le pasa á usted algo? ¿Quiere usted que baje? (Disponiéndose á bajar.)

AMELIA ¡No! ¡Márchese usted, por la Virgen Santísima!... ¡Adiós, caballero!

FED. Adiós, señorita. (En lo alto de la tapia.)

AMELIA (¡Por fortuna, tampoco él me ha reconocido!) (Vase corriendo por la derecha.)

ESCENA V

FEDERICO, solo, á horcajadas sobre la tapia. Empieza á obscurecer

¡Es muy simpática esa colegiala! Y muy bonita! Casi tan bonita como María. ¡Pobre María! ¡Qué feliz hubiera sido conmigo! Pero, en fin... ¡Cómo ha de ser! He hecho el paso, el *paso de andadura*, como dice el profesor de equitación.—Allí está el pobre cochero dormido en el pescante. ¡Cómo se va á reir de mí cuando vea que voy de vacío! No importa! ¡La virtud ha triunfado ¡Colegialas! ¡El raptor abandona el campo! ¡Podéis dormir tranquilas! (Se dispone á bajar.) ¿Eh? ¿Quién viene por allí? ¿Será María? ¡No! Es la señorita de antes. (Se oculta asomando solo la cabeza.) ¿A qué volverá por aquí? Veamos. (Se oculta por completo.)

ESCENA VI

FEDERICO y AMELIA por la derecha

AMELIA ¡No! ¡Ya no está! Por fortuna me he acordado á tiempo... (Recogiendo los pedazos de la carta

que habrá arrojado al suelo Federico.) Si alguien recoge estos papeles puede enterarse de todo.

FED. (Asomándose cautelosamente.) (¿Qué está haciendo?)

AMELIA Es un peligro para María... y para mi primo. ¡Si él supiera con quién ha estado hablando! He hecho bien en no descubrirme. Tiempo tendré de reirme de sus locuras. Creo que están recogidos todos los pedazos. (Se los guarda.)

FED. (Recoge mi carta. ¡Borra las huellas del crimen! ¡Qué hermoso corazón!)

AMELIA ¡Sí! Ya no queda ninguno. (Medio mutis.)

FED. Señorita...

AMELIA ¿Eh? (Volviéndose.) Pero estás... digo, está usted ahí todavía?

FED. ¡Lo que usted acaba de hacer, señorita, me ha llegado al alma!

AMELIA ¡Pero por Dios, márchate, digo, márchese usted de una vez!

FED. No lo haré sin saber á quién debo este nuevo favor.

AMELIA Déjese usted de finuras y márchese pronto.

FED. Es que yo...

AMELIA O se retira usted, ó yo le retiro mi amistad.

FED. ¡Eso nunca! ¡Me voy, me voy, señorita! Pero conste que...

AMELIA ¡Vamos, hombre!

FED. Me voy, me voy ahora mismo... (Empieza á bajar.)

AMELIA ¡Gracias á Dios! (Se oye el ladrido de un perro.)

FED. ¡Caracoles! (Subiéndose precipitadamente y sentándose sobre la tapia.)

AMELIA ¿Qué es eso?

FED ¡Un perrazo tremendo!

AMELIA ¿Y qué importa?

FED. ¿No ha de importar? Está aquí abajo y me va á morder.

AMELIA Pero, por Dios, que si sigue ladrando van á venir y es un compromiso para mí.

FED. ¡Basta! Prefiero que el perro me destroce á que sufra la reputación de usted. (El perro ladra más fuerte.) ¡Caracolitos! ¡Si está furioso y no lleva el bozal!

AMELIA Parece mentira que un militar sea tan miedoso.

FED. Es que los militares también tenemos pantorrillas. (El perro ladra más fuerte.) ¡Nada! ¡Que no bajo!

AMELIA ¡Pero hágale usted callar! ¡Acaríciele usted!

FED. ¡Chucho!... ¡Monín!... ¡Simpático!... (Siguen los ladridos.) Nada, señorita. Ni la dulzura ni las amenazas... Es inútil...

AMELIA ¡Ay, Dios mío! ¡Cada vez ladra más fuerte!

FED. ¡Claro! Mientras me vea no se calla.

AMELIA Pues ocúltese usted.

FED. Con muchísimo gusto... (Bajando á escena precipitadamente.) ¡Ya lo creo!

AMELIA Pero, ¿qué hace usted?

FED. Pues ocultarme de esa fiera. (Cesan los ladridos.) ¿Ve usted? Ya se ha callado el animalito. (1)

AMELIA Ya me voy; pueden sorprendernos.

FED. Un momento nada más. (Deteniéndola.) Hasta que el perro se marche. En seguida me voy, se lo prometo á usted.

AMELIA Es que ya es casi de noche.

FED. ¡Mejor! Esta es la hora de las confidencias.

AMELIA Pues si le parece á usted que hemos hablado poco..

FED. Muy poco. Yo no me cansaría nunca de estar al lado de usted.

AMELIA ¿Es de veras?

FED. Y tan de veras. Es muy extraño lo que me pasa con usted. No hace más que media hora que la trato, y me inspira usted la misma confianza que si fuéramos antiguos amigos...

AMELIA ¡Puede!

FED. ¿Cómo?

AMELIA ¡Silencio! Cállese usted.

FED. ¿Qué pasa?

AMELIA Alguien viene. ¿No oye usted?

FED. Sí; por ese lado... (Por la derecha.)

AMELIA Es el jardinero. Estamos perdidos...

FED. ¿Quiere usted que lo coja y se lo tire al perro?

AMELIA Venga usted y ocultémonos.

FED. ¿Dónde?

AMELIA Aquí; detrás de este macizo.

---

(1) Federico—Amelia.

FED. Vamos, vamos... (Se ocultan en el macizo.) Pero no crea usted que á mí me asustan los jardineros.

AMELIA Sí, ya sé que á usted no le asustan más que los perros.

FED. ¡Ja, ja, ja!

AMELIA ¡Calle usted, hombre!

FED. Si no puedo. Si tiene usted una gracia, y una...

AMELIA ¡Cállese usted, por Dios! ¡Es una imprudencia! (Tapándole la boca con la mano. Federico le coge la mano y se la besa.) ¡Caballero!

FED. ¡Cállese usted por Dios! ¡Es una imprudencia! (Retiene la mano de Amelia entre las suyas. Se sientan en el banco. (1)

ESCENA VII

DICHOS y JUAN por la derecha, con un carretillo. Viene canturreando por lo bajo

De nuevo aquí nos tienes,
purísima doncella,
más que la luna bella...

(Llega al centro de la escena, al pie de la tapia, y observa que hay huellas de pisadas. Se para. Mira á todas partes, ve la colilla del cigarro y la recoge. Menea maliciosamente la cabeza. De pronto se encoge de hombros filosóficamente, enciende la colilla y da una chupada. En el momento de coger el carretillo para marchar, Federico besa nuevamente la mano de Amelia; Juan, al oir el beso, se dirige sigilosamente hacia el macizo; mira por entre los rosales, y dice, santiguándose:) ¡Jesús! Y esta es la mejorcita del colegio! ¡Las cosas que tiene uno que aguantar por cinco pesetas! (Indicando el duro que le dió Amelia. Vuelve al foro, coge el carretillo y sigue su marcha por la izquierda canturreando.)

Purísima doncella,
(Con intención y mirando al macizo.)
más que la luna bella,
postrados á tus pies. (Vase.)

---

(1) Juan—Amelia—Federico.

ESCENA ULTIMA

AMELIA y FEDERICO

AMELIA Ya se ha marchado. (Tratando de levantarse.)

FED. (Reteniéndola.) Déjele usted. Aquí estamos perfectamente.

AMELIA No puede ser. Ya es noche cerrada.

FED. Mejor que mejor.

AMELIA Basta ya. Yo me marcho. (Levantándose resueltamente.) Puede usted retirarse. El cochero estará impaciente. (1)

FED. No lo crea usted. Lo he tomado por horas.

AMELIA Buenas noches.

FED. Un momento nada más. Tengo que decirla á usted muchísimas cosas.

AMELIA ¿Para María? (Con maliciosa intención.)

FED. ¡Calle usted, por Dios! (Riéndose.)

AMELIA ¿Y se ríe usted?

FED. ¿No he de reirme? ¡Si es muy particular lo que me sucede! Cuando vine aquí no pensaba más que en María... Ahora es otra persona la que ocupa por completo mi pensamiento.

AMELIA ¿Yo? ¿Verdad?

FED. Sí, señora. ¡Usted!

AMELIA ¡Claro! Y si yo dejara mi puesto á otra compañera, cambiaría usted de modo de pensar, y así sucesivamente, hasta que desfilaran por aquí las ochenta y siete colegialas.

FED. ¿Cree usted eso? ¡Usted no me conoce!

AMELIA Le conozco á usted demasiado.

FED. ¿Usted?

AMELIA Es decir... (Conteniéndose.) le conozco de referencias.

FED. ¿Es posible?

AMELIA Sé que la volubilidad es el distintivo de su carácter; que no sabe usted mismo lo que quiere; que su cariño gira á todos los vientos como una veleta.

FED. ¿Y quién le ha dicho á usted eso?

AMELIA Su prima de usted.

---

(1) Amelia—Federico.

FED. ¿Mi prima?

AMELIA Sí, señor, su prima Amelia, mi compañera de clase.

FED. ¡Cómo! (Asombrado.) ¿Pero Amelia está aquí? No sabía una palabra.

AMELIA ¡Pero, hombre, usted no sabe nada de nada!

FED. Como mi tío no me escribe nunca.

AMELIA ¡Pues sí! Ella se acuerda muchísimo de usted...

FED. No me choca. Cuando éramos niños estaba enamorada de mí. (Con pedantería.)

AMELIA ¿Sí, eh?

FED. ¡Ya lo creo! ¡Es una pobrecilla! ¡Una infeliz!

AMELIA (¡No estás tú mal infeliz!)

FED. Recuerdo que un día, viéndonos juntos, me dijo mi tío: «Federico, tú te casarás con Amelia.»

AMELIA Y usted le diría que no.

FED. Naturalmente. A mí no me gusta que me impongan las novias.

AMELIA Muy bien hecho.

FED. La mujer que se case conmigo ha de ser elegida por mí.

AMELIA ¡Claro! Amelia le sería á usted muy antipática.

FED. Tanto como antipática... pero no era mi tipo.

AMELIA ¡Ya!

FED. Tenía una cara...

AMELIA ¿Fea?

FED. No, fea precisamente, no; pero era una cara poco expresiva.

AMELIA ¡Cara de tonta!

FED. ¡Eso! ¡Cara de tonta! Y á mí me gusta una fisonomía como la de usted: llena de vida; de animación, con unos ojos como esos en los que leo claramente toda la hermosura de su alma. (Con vehemencia.)

AMELIA ¿Y así á obscuras puede usted leer? (Con sorna.)

FED. Me sobra con la luz que despiden esas pupilas.

AMELIA ¡Caramba!

FED. Esos no son ojos, señorita; eso son dos lámparas de cincuenta bujías, dos arcos voltáicos...

AMELIA Cierre usted el interruptor, que puede haber un cruce. (Riéndose.)

FED. No se ría usted, señorita.

AMELIA ¿Ahora resulta que no quiere usted muchachas que se rían?

FED. Yo no sé lo que quiero... ¡Es decir, sí! Yo la quiero á usted.

AMELIA ¡Jesús! (Burlona.)

FED. Y no me marcho de aquí sin saber si soy correspondido. Deseo oirlo de esos labios; quiero leerlo en esos ojos... (Con pasión.)

AMELIA Calma, calma...

FED. No puedo señorita. Dígame usted que me quiere. Una negativa sería la muerte para mí.

AMELIA ¿La muerte? ¡Ja, ja, ja!

FED. No se ría usted, se lo suplico. Estoy hablando con toda formalidad.

AMELIA ¿Formalidad usted? ¡Qué razón tiene su prima!

FED. Mi prima no sabe lo que dice. La ha engañado á usted.

AMELIA Amelia nunca miente, caballero. La conozco muy bien.

FED. Pues llámela usted, y á ver si delante de mí se atreve á sostener lo que ha dicho.

AMELIA ¿Que la llame?

FED. ¡Sí! ¡Que se presente!

AMELIA Pero, ¿la reconocería usted?

FED ¡Ya lo creo! ¡En cuanto la vea! Hay caras que no se olvidan nunca.

AMELIA ¿Sí? Pues no hay necesidad de llamarla.

FED. ¿Por qué?

AMELIA Porque está aquí.

FED. ¿Dónde? (Mirando á todos lados.)

AMELIA Oyéndole á usted.

FED. ¿Sí? ¡Que salga! (Yendo hacia la derecha.) ¡Amelia! (Yendo hacia la izquierda.) ¡Amelia!

AMELIA (Con naturalidad.) ¿Qué quieres?

FED ¿Eh? (Sorprendido.)

AMELIA Sí, hombre, sí; ¿qué quieres?

FED Pero... ¡cómo!... ¿usted?... ¿tú?... (Aturdido.)

AMELIA ¡Sí, yo soy!

FED ¡Prima de mi alma!

AMELIA ¡Yo soy esa pobrecilla, esa infeliz!...

FED. Perdóname, he sido un mentecato... ¡Claro

que eres tú! Esos ojos tan expresivos... Esa fisonomía tan inteligente.

AMELIA ¿Ya no te parezco tonta?

FED. Aquí no hay más tonto que uno.

AMELIA ¡Tú!

FED. Yo, sí, que no he comprendido hasta ahora lo mucho que tú vales. Te amo, prima, te amo con todo mi corazón. ¿Y tú me quieres, verdad?

AMELIA Ya te lo diré más tarde.

FED. ¿Más tarde? No tengo prisa. Estoy dispuesto á pasarme aquí toda la noche.

AMELIA No digo eso; digo, que ya lo sabrás con el tiempo; cuando seas formal y no cometas chiquilladas.

FED. ¡Bendiga Dios las chiquilladas que me proporcionan esta dicha! (Suena la campana.) ¿Qué es eso?

AMELIA La hora de la cena. Retírate... Tengo que marcharme.

FED. Voy contigo; me presentaré á la directora. (Decidido.)

AMELIA ¡Pero, hombre, por Dios!

FED. ¡Sí! Tienes razón.

AMELIA Vete en seguida.

FED. ¿Cuándo nos veremos?

AMELIA Mañana vendrá mi tío á sacarme del colegio.

FED ¿Sí? Pues hoy no me voy de aquí sin que me digas que me quieres.

AMELIA Ya te lo diré.

FED. ¿Cuándo?

AMELIA Cuando estés encima de la tapia.

FED. ¿De veras? Pues ahora mismo. (Se dispone á subir.)

AMELIA ¡Cuidado! No vayas á hacerte daño.

FED. (Subiendo.) No temas. (Sobre la tapia. Un rayo de luna ilumina la figura de Federico.) Ya me tienes aquí. ¿Me quieres, sí ó no?

AMELIA ¡Te quiero! ¡Sí! ¡Con toda mi alma!

FED. ¡Oh, felicidad! (Ladra el perro.)

AMELIA ¡Ay, Dios mío! ¡Otro perro!

FED. ¡No! ¡Es el mismo!

AMELIA ¡No bajes, que puede morderte!

FED. ¡Oh, qué idea! (Siguen los ladridos.)

AMELIA ¿Qué?

FED. ¡Los emparedados! (Saca el paquete de emparedados y los arroja al perro.) ¡Toma, chucho!

AMELIA (¡Pobre María!)

FED. ¿Lo ves? Ya se ha callado. (Suena otra vez la campana.)

AMELIA ¡Adiós! ¡Adiós!

FED. ¡Hasta mañana, Amelia! (Tirándole un beso.)

AMELIA ¡Hasta mañana, Federico! (Vase corriendo por la derecha.—Telón.)

FIN DEL JUGUETE

Obras dramáticas de Vital Aza

¡Basta de matemáticas! juguete cómico en un acto y en prosa original. (Cuarta edición.)

El pariente de todos, juguete cómico en un acto y en verso, original. (Tercera edición.)

Desde el balcón, juguete cómico en un acto y en verso, original. (Tercera edición.)

La viuda del zurrador [1], parodia en un acto y en verso.

El autor del crimen, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Cuarta edición.)

Aprobados y suspensos, pasillo cómico en un acto y en verso, original (Décima edición.)

Horas de consulta, sainete en un acto y en verso, original. (Segunda edición.)

Noticia fresca [2], juguete cómico en un acto y en verso. (Décimacuarta edición.)

Tras del pavo [3], apropósito en dos actos y en prosa, original.

Paciencia y barajar, comedia en un acto y en prosa.

Calvo y compañía, comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

Pérez y Quiñones, comedia en un acto y en prosa, original.

Con la música á otra parte, juguete cómico en dos actos, en verso, original. (Quinta edición.)

Turrón ministerial, apropósito en un acto y en prosa, original.

Llovido del cielo. comedia en dos actos y en verso, original. (Quinta edición.)

Periquito [1], zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.

La ocasión la pintan calva [1], comedia en un acto y en prosa, imitada del francés. (Cuarta edición.)

¡Adiós, Madrid! [1], boceto de costumbres madrileñas, en tres actos, en verso y prosa, original.

¡Adiós, Madrid! [1], refundida en dos actos.

A tiros largos [1], juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa. (Séptima edición.)

El medallón de topacios [2], drama cómico en un acto y en verso original. (Segunda edición.)

La primera cura [1], comedia en tres actos y en verso, original.

La primera cura [1], refundida en dos actos. (Segunda edición.)

La calandria [1], juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Sexta edición.)

El hijo de la nieve [1], novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original. (Segunda edición.)

Robo en despoblado [1], comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Séptima edición.)

Prestón y compañía [4], sainete en un acto y en verso, original.

Parientes lejanos, comedia en dos actos y en verso, original. (Segunda edición.)

Carta canta, juguete cómico en un acto y en verso. (Tercera edición.)

Las codornices, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Octava edición.)

De todo un poco [5], revista cómico-lírica en un acto y siete cuadros, en prosa y verso, original.

Juego de prendas, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

Tiquis-miquis, comedia en un acto y en prosa, original. (Cuarta edición.)

¡Un año más! [5], revista cómico-lírica en un acto y siete cuadros, en prosa y verso, original.

Pensión de demoiselles [5], humorada cómico-lírica en un acto y en prosa, original.

San Sebastián, mártir, comedia en tres actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

Parada y fonda, juguete cómico en un acto y en prosa, original (Décimatercera edición.)

Boda y bautizo [5], sainete en un acto y tres cuadros, en prosa verso, original.

El viaje á Suiza [5], vaudeville en tres actos y en prosa, arreglado del francés.

Percelto, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Sexta edición.)

La almoneda del 3.° [1], comedia en dos actos, original y en prosa. (Tercera edición.)

Coro de señoras [1], pasillo cómico-lírico, original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto. (Tercera edición.)

Los tocayos, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)

El padrón municipal [1], juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Séptima edición.)

Los lobos marinos [1] zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

El sombrero de copa, comedia en tres actos y en prosa, original. (Séptima edición.)

El señor gobernador [1], comedia en dos actos y en prosa, original. (Sexta edición.)

El sueño dorado, comedia en un acto y en prosa, original. (Séptima edición.)

Su excelencia, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)

El señor cura, comedia en tres actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

El señor cura, refundida en dos actos. (Segunda edición.)

El rey que rabió [1], zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Chapí. (Octava edición.)

El oso muerto [1] comedia en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

Villa-Tula (segunda parte de *Militares y paisanos)*, comedia en cuatro actos, escrita sobre el pensamiento de la obra alemana *Reif von Reiflingen*.

Zaragüeta [1], comedia en dos actos y en prosa, original. (Décima edición.)

Chifladuras, juguete cómico en un acto y en prosa, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa. (Cuarta edición.)

La rebotica, sainete en prosa, original. (Sexta edición.)

La praviana, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)

Venta de Baños, sainete en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

La Marquesita, comedia en un acto y en prosa. (Segunda edición.)

La sala de armas, pasillo cómico en un acto y en prosa, original.

El afinador, juguete cómico en dos actos y en prosa, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa. (Cuarta edición.)

Ciencias exactas, sainete en un acto y en prosa. (Quinta edición.)

Los lobos marinos [1], zarzuela cómica, refundida en un acto y dos cuadros, en prosa, original, música del maestro Chapí.

La clavellina, comedia en un acto, escrita sobre un cuento de Arturo Reyes.

El prestidigitador, monólogo cómico escrito en catalán por Santiago Rusiñol, arreglado al castellano. (Segunda edición.)

Francfort, juguete cómico tetralingüe en un acto y en prosa, original. (Cuarta edición.)

Chiquilladas, juguete cómico en un acto y en prosa, escrito sobre unas escenas de Najac. (Segunda edición.)

La alegría que pasa, cuadro lírico en un acto, escrito en catalán por Santiago Rusiñol, música del maestro Morera, traducción castellana.

El matrimonio interino, comedia en tres actos y en prosa, original de MM. Paul Gavault y Robert Charvay, arreglada al castellano

OBRAS NO DRAMÁTICAS

Todo en broma, versos de Vital Aza, con un prólogo de Jacinto O. Picón, un intermedio de José Estremera, un epílogo de Miguel Ramos Carrión y ¡nada más! (Tercera edición aumentada.)

Bagatelas, poesías. Ilustraciones de B. Gili y Roig.—Colección elzevir. Juan Gili.—Barcelona.—Primera edición.

Ni fú, ni fá, versos.—Ilustraciones de B. Gili y Roig. — Colección elzevir. Juan Gili.—Barcelona.—Primera edición.

Pamplinas, versos.—Colección Diamante. — Antonio López. — Librería Española. —Barcelona.—Primera edición.

Plutarquillo: Biografías festivas de personajes célebres, con ilustraciones de Marín.—Primera edición.

---

(1) En colaboración con Miguel Ramos Carrión.
(2) Idem íd. José Estremera.
(3) Idem íd. José Campo-Arana.
(4) Idem íd. Eusebio Blasco.
(5) Idem íd. Miguel Echegaray.

Precio: UNA peseta

LIBRERÍA
S. Lorenzo
MADRID
EJEMPLARES
PARA EL SERVICIO DE COMPAÑÍAS